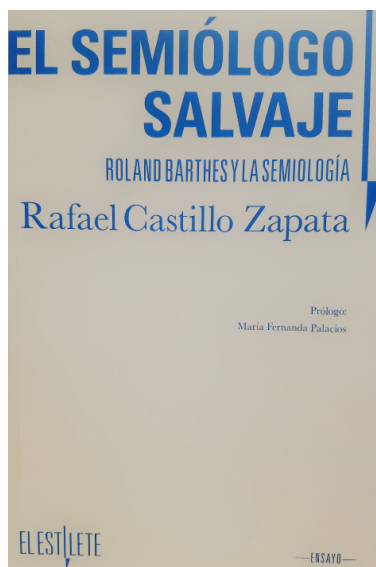




Rafael Castillo Zapata, *El Semiólogo salvaje*.
Caracas: El Estilete, 2017.

Luis Pichardo

En la sección del prólogo (Una fuga, una salida), María Fernanda Palacios se plantea una pregunta por todos nosotros: "... ¿qué es finalmente este libro?, ¿una reflexión sobre la obra semiológica de Barthes, una crítica de la semiología a partir de la obra de uno de sus fundadores, o una biografía intelectual?" (p. 10) a lo que ella responde -e indudablemente cualquiera que se haya aventurado en las páginas del libro podrá afirmar- que en él están contenidos todas esas finalidades, "quien lo abra movido por alguna de estas expectativas no quedará defraudado" pero en él encontrará algo más que no es ninguna de ellas, que no se encontraría en Barthes, pero que sin él no sería capaz de ser encontrado aquí, en este ensayo que ha sido premiado en 1997 por el premio Fundarte de Ensayo, y reeditado en su segunda edición por la editorial de la librería Lugar Común, El Estilete en diciembre del 2017.

Rafael Castillo Zapata le añade -y al parecer se pone como meta siguiendo el ejemplo de Barthes- al recorrido biográfico intelectual, de reflexión sobre la semiología bartheana, y de crítica de la semiología desde Barthes, un aspecto que el semiólogo salvaje -como le dice el autor- presenta en un texto de 1973 El placer del texto en el que se busca además de presentar las ideas que son objetivos principales del texto, también añadir un sentido de gozo pleno de la lectura "en que su propia formulación deposita la plena

felicidad de sus poderes, haciéndose realmente teórica” (p. 197).

Este ensayo está dividido en tres grandes secciones, cada una de ellas corresponde a una estación en el recorrido bartheano. El primer capítulo nos ayuda a acercarnos a una definición de lo que es la semiología y cómo Barthes cae “como un acróbata” siempre un poco más lejos de donde partió, finalizando en la caída triunfal del descubrimiento de la cultura simbólica en su viaje a Japón. Otro texto que es bastante tratado en la primera sección del ensayo es el postfacio de *Mitologías*, que representa una crítica a los sistemas de dogmatización, de realidad impuesta que constituyen los mitos y las alegorías en nuestra sociedad.

Castillo Zapata no teme ver con ojos objetivos y críticos el camino semiológico recorrido por Barthes aclarando las derrotas y las limitaciones de su sistema y su aplicación, como sucede en el Sistema de la Moda, o incluso más adelante en su polémico enfrentamiento con Camus que termina con la aceptación -mucho después- de su derrota por parte del semiólogo salvaje.

El sistema de interpretación de los símbolos no lingüísticos, la constante crítica de la cultura burguesa, los deberes revolucionarios políticos de los intelectuales del Tel Quel impregnados por una postura sartreano-marxista, y la búsqueda de una expresividad que rompa con las doctrinas o dogmas de la cultura impuestos por la dominación burguesa hacen que Barthes pase por lo que nuestro autor llamará un baño brechtiano, encontrando así en el teatro de Brecht en donde “siempre enfocado en la dirección de ejercer una crítica sostenida, se está presenta [...], bajo la forma de una pregunta: el sentido no está impuesto sino propuesto por la escena.”, punto central de la segunda sección.

En el último capítulo, Castillo Zapata aborda la otra gran influencia que ronda la obra de Barthes representada como un “rapto”, es la etnología de Michelet que le aporta bases teóricas que se encontrarán en toda la obra bartheana, además de “la voluntad y el arte de interrogar históricamente -es decir, relativamente- los objetos tenidos por más naturales.” (p. 171), que en fin vuelve a la crítica de la racionalidad positiva de la historia que con Michelet determinando que la historia se basa en “racionalidades imaginativas”. Al mismo tiempo, estas “racionalidades imaginativas” tienen su derivación en una sensualidad, en una carnalidad dionisiaca que nos lleva finalmente a la necesidad del gozo del texto. El autor nos dice: “lo único que el escritor puede arrebatarse a la sociedad es precisamente el control de sus lenguajes, desorientando el orden que los sostiene. Un

modo de descomponer ese poder, concentrado en la fuerza de todos los imaginarios -políticos, científicos, ideológicos-, es contribuir a la corrupción de esos lenguajes, suscitando la indignación de los puristas, de los especialistas, de los propietarios, deportándolos bajo el imperio de la ley pirata” (p. 190).

Esto resume tanto el gozo del texto, que tiene que ser fundamental para que sea comprensible en su totalidad, y por otro lado justifica la toma de términos de distintos discursos y sistemas que hace Barthes para edificar su obra, desde el psicoanálisis, pasando por el marxismo, el existencialismo sartreano, la fenomenología, hasta llegar al compuesto micheletiano.

Uno de los aspectos que Castillos Zapata reitera en varias oportunidades es la condición del escritor comprometido con los acontecimientos políticos y sociales como los intelectuales telquelianos, del Théâtre populaire, entre los que se encuentran Sartre, Foucault, Solliers, y nuestro semiólogo salvaje, Roland Barthes que sin duda alguna constituye un leit motiv oculto en toda la obra bartheana. Este ensayo se presenta como una bibliografía secundaria de primer orden que nos ayuda a acercarnos al discurso complejo de un sistema que es varios otros sistemas sin llegar ser en realidad ellos en sí, y esto no solo por las características mostradas al principio, sino también por el respaldo por citas y notas a fuentes directas de la obra de Barthes y de los demás intelectuales que influyeron en la obra de él.